

*Dr. Dn. José Luer y Parra*

 Joaquín Báguena

# **El Cardenal**

# **Belluga**

CONFERENCIA LEIDA EN EL  
CIRCULO CONSERVADOR EL  
DIA 16 DE MARZO DE 1914

MURCIA

*Imprenta de EL TIEMPO*

1914

MU  
0294



BIBLIOTECA REGIONAL



1139032



BIBLIOTECA REGIONAL  
MURCIA

Joaquín Báguena

*El Cardenal*

*Belluga*

CONFERENCIA LEIDA EN EL  
CIRCULO CONSERVADOR EL  
DIA 16 DE MARZO DE 1914

MURCIA

Imprenta de EL TIEMPO

1914

5139767  
DMU 10294



R 163.154





A

*D. Isidoro de la Cierva*

Entusiasta admirador del Cardenal Belluga

Defensor de las Pías Fundaciones









SEÑORES:

Es muy difícil, en el breve espacio de una conferencia, poder presentar la figura de aquel gran Obispo que llena con sus hechos la historia de la Sede Cartaginense desde 1704 á 1723; aquel á quien llamó Clemente XI *invicto Prelado de la Iglesia hornacina y lumbrera grande de la religiosísima nación española, luz de virtud esclarecidísima, que debía colocarse sobre un candelabro más eminente que el de un obispado particular, para que su resplandor se comunicase á toda la iglesia universal.*

Su personalidad fué una de las más salientes en el reinado de Felipe V, y va tan unida á los sucesos políticos y religiosos de aquella azarosa época, que si nos limitamos á estudiarla, solamente en al-



guno de sus aspectos, por interesante que este sea, resultará incompleta. Es preferible mostrarla ante vosotros en su conjunto general, intentando, aunque desmañadamente, un boceto de retrato, hecho á grandes rasgos, sin descender á detalles que necesitarían un libro. He de procurar, ante todo, trazar un bosquejo psicológico de su caracter singular, porque sin este requisito previo, no lograremos explicarnos sus actitudes y su línea de conducta en los momentos más difíciles de su vida.

Exculpa, señores, este atrevimiento, recordando que el enaltecer la memoria del gran bienhechor de Murcia debe ser interés de todos. Otorgad vuestra benevolencia, al que hizo suya la divisa que sirvió al gran Menendez Pelayo, para sus trabajos sobre la Historia antigua, aque'las palabras del libro sagrado «El Eclesiástico» que dicen: *Laudemus viros gloriosos et parentes nostros. Homines magni virtute . . pulchritudinis studium habentes... pacificantes in domibus suis...*»

Belluga no es murciano. Pero si el título de naturaleza, se adquiere, no por el hecho fortuito del nacimiento, sino por la inversión que el hombre da á los haberes con que le dotaron la Naturaleza ó la Fortuna, por la aportación de honor, de abnegación, de cultura, de gloria con que se contribuye al patrimonio común, legado de nuestros mayores; si entendemos así la filiación, entonces bien podemos decir, sin asomos de indiscreto entusiasmo, que Belluga es, tal vez, el primer murciano.

Los detalles de su vida podréis encontrarlos en cualesquiera de sus numerosas biografías: aquí so-



lo indicaremos, brevemente, los jalones que señalan las grandes etapas de su carrera, como recordatorio para lo que se dirá después.

Don Luis Belluga y Moncada, nació en Motril el día 30 de Noviembre de 1662. Huérfano de padre y madre á los tres años de edad sus parientes le hicieron asistir desde muy niño, á las clases de primeras letras y humanidades que tenían los religiosos Minimos de San Francisco de Paula. En 22 de Noviembre de 1678, entra en el Colegio de S. Bartolomé y Santiago de Granada donde estudia Filosofía y Teología. Pasa después al Colegio de Santa Maria de Jesús de Sevilla, llamado vulgarmente de maese Rodrigo, donde se gradúa de bachiller y doctor en Teología y en ambos derechos. Cánónigo Lectoral de Zamora, por oposición á los 24 años de edad; Lectoral de Córdoba, tambien por oposición, en 1689. Propuesto para Obispo de Cartagena en 1704 y posesionado de la diócesis al siguiente año. Cardenal en 1719. Murió en Roma el día 22 de Febrero de 1743 á los 80 años de edad.

Su vida casi se comparte entre dos épocas críticas de nuestra historia nacional; entre una decadencia, la de la casa de Austria y un renacimiento representado por la casa de Borbón; es testigo de aquella minoridad bochornosa de Carlos II, terminada entre brujerías y exorcismos, cuando en las Cortes europeas solo se habla ya como cosa descontada, del reparto de España, padrón de ignominia para sus autores, firmado en El Haya el 17 de Octubre de 1698. Con razón pudo decir Belluga, años después, recordando estos dias luctuosos:



«Creíamos que aquello era el *finis Hispaniae*» Tengamos en cuenta que durante los cuatro primeros años de su episcopado, el antiguo reino de Murcia es teatro sangriento de la guerra de Sucesión; que desde 1789 á 1720 están rotas las relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede; y que Belluga, hombre del antiguo régimen por temperamento y educación, se adhiere con entusiasmo al nuevo orden de cosas, por patriotismo y por amor al Rey.

### **La Guerra de Sucesión**

Seis meses, mal contados, llevaba en Murcia, donde entró el día 8 de Mayo de 1705, prestando juramento en la puerta de los Perdonos, de la Catedral, cuando las tropas del Archiduque de Austria, invadiendo lo que es ahora provincia de Alicante, llegaron á la frontera del reino. Villena, estrechada por el enemigo, escribía pidiendo urgente socorro y lo mismo demandaba desde Alicante el gobernador de la plaza Marqués del Bosch.

En la contienda dinástica, Murcia habia abrazado con entusiasmo la causa de Felipe V, y aunque abandonada á sus propias fuerzas por el poder central, acordó defenderse y sostenerse en la lealtad y fidelidad juradas al Rey, solemnemente, en el acto de la proclamación, aunque fuese á costa de los mayores sacrificios.

Corria el mes de Octubre de 1706 y hallábase Belluga en la primera visita Pastoral; el Ayuntamiento le escribió participándole lo que ocurría, los riesgos que amenazaban también á su persona,



y la necesidad de su presencia en la ciudad para cumplir, en cuanto fuese posible, las órdenes del Rey, cada día más apremiantes y los deberes de cabeza de reino. Fueron restauradas de prisa las viejas y aportilladas murallas; pusiéronse guardias en las puertas y rondas volantes; y el Consejo asestó á los conspiradores dos golpes de acierto; el primero en la noche del 13 al 14 prendiendo á Cristóbal Esquivél y á varios espías encargados de repartir papeles «de asuntos melancólicos y contrarios al real servicio», como decía el famoso don Diego Rejón de Silva; el segundo en la noche del 3 de Diciembre en que el inquisidor don Fulgencio Rosado, cayó de improviso sobre los capuchinos, acusados de infidentes, traidores y desdeales al Rey. Declarados presos, la ciudad les dió por cárcel el mismo convento, bajo la custodia de una guardia de hijosdalgo mandada por don Simeón de Molina.

Reunidos ambos cabildos municipal y catedral, constituyéronse en junta permanente de Guerra, eligiendo por aclamación para la presidencia, al Obispo ;y comenzó la recluta voluntaria. Entonces Belluga publica su famoso «Memorial en defensa de los derechos de Felipe V.», obra de jurisconsulto y de teólogo, que mira á los dos aspectos que presentaba la cuestión; uno, el del mejor derecho á la sucesión en el trono; otro, dedicado á refutar el error teológico, defendido hasta en el confesionario por algunos clérigos imprudentes, de que el juramento de fidelidad prestado al Rey, no obligaba. En la Corte fué recibido el *Memorial* con gran



aplauso, pero su publicación comprometió políticamente á Belluga, que desde entonces fué señalado en el campo del Archiduque, como uno de los más peligrosos enemigos.

Acordada la expedición en socorro de Alicante, salió de aquí el 10 de Enero de 1706, una columna, fuerte de cuatro mil hombres, mandada por Belluga, que llevaba en su escolta á lo más granado de la nobleza murciana. En Elche se reunieron con las tropas de Orihuela, mandadas por el marqués de Rafal; y atacando vigorosamente á las sitiadores, les obligaron á levantar el cerco, apoderándose de la artillería y almacenes. Belluga dispuso que las guardias napolitanas se quedasen en Alicante, y él, con el resto de la fuerza, persigue al enemigo á quien derrota, picándole la retaguardia; reduce á la obediencia á los lugares de San Juan, Relleu y Muchamiel; y se dirige contra Onteniente, que toma por asalto al segundo día. Después, con un gran convoy de pertrechos de guerra y prisioneros, se dirige á Villena, donde establece el cuartel general y centro de operaciones.

Al ver á Belluga, metido contra su voluntad en tales trances, llenos de trabajos y penalidades, recordaba su familia, como especie de presagio, que cuando venía de viaje á posesionarse del Obispado, iba rezando *Visperas*, y al llegar á la raya del reino, comenzó el himno de *Vexilla regis prodeunt* «circunstancia que se hizo reparable á los que le acompañaban y después se vió verificada, cargándole su Majestad sobre la cruz de Obispo los cui-



dados de soldado, significados en la Bandera ó Vexilla.»

La ciudad celebró los triunfos del Obispo con regocijos populares, luminarias y repique de campanas; no hubo más exceso que el entusiasmo poético de don Juan Martínez, cuya musa bélica se desbordó en un romance en honor del Concejo y Obispo.

«El defensor de la Patria,  
el que vence con las letras,  
el que triunfa con las armas,  
el que merece felice  
corona, laurel y palma.»

El Rey y el ministro Grimaldo, felicitaron calurosamente á Belluga, y le enviaron como refuerzo al Mariscal don Daniel Mahoni, bizarro y experto caudillo, á quien Felipe V dijo en el acto de despedirse de él «te mando á militar bajo las órdenes de un general santo.» Pero las tropas de Villena, estaban muy mermadas por las deserciones y enfermedades; Belluga no pudo contener al famoso guerrillero don Rafael Nebot, ni impedir el sitio y asalto de Caudete y Fuente la Higuera y Mahoni tuvo que salir en socorro de algunos pueblos de Valencia, dejando al Obispo en situación muy apurada.

Súpose luego, que la escuadra anglo-holandesa, compuesta de sesenta navíos, despues de intentar un ataque contra Alicante, marchaba con rumbo á Cartagena; y entences Belluga, imposibilitado de realizar nuevas operaciones y temeroso del riesgo que corría la ciudad de Murcia, regresó



después de seis meses de campaña, enfermo y casi postrado, pero sin decaer las energías de su espíritu indomable.

### **Defensa de Murcia**

En esta segunda parte de la campaña (Junio de 1706) la suerte no pudo ser más adversa para las armas de Felipe V. El cuatralbo de las galeras de S. M. conde de Santa Cruz de los Manueles, mandado en socorro de Orán, pásase al campo del Archiduque; ríndese Cartagena, sin disparar un tiro, por traición de su Gobernador el Marqués de Cábrega; Orihuela se subleva en favor del titulado Carlos III; y todos juntos prepáranse á dar el asalto contra Murcia; tan descontada estaba su pérdida que el mismo rey la relevó del compromiso de *sacrificarse inútilmente*.

Belluga, nombrado Capitán General y Virrey de Murcia y Valencia en 11 de Julio de 1706, toma nuevamente el mando de las tropas; envia cartas á Jaén, Córdoba, Sevilla y Granada, que permanecían fieles, pidiendo el envío de refuerzos y se encarga de la Administración de los Propios de la ciudad. Saca del Pósito con su garantía personal 500 escudos de oro para la soldada de las tropas; y cuando el ejército austriaco llega á la vista de Murcia se encuentra la Huerta inundada. El día antes, Belluga había mandado calar los tablachos de la Contraparada y romper los cauces en los sitios adecuados, dejando á la ciudad aislada en medio de una laguna.

Gracias á esto, pudo el brigadier don Diego



Arias Azores, situado con muy pocas fuerzas en el huerto del Santiaguista don Baltasar Fontes (hoy huerto de las Bombas) rechazar los tres ataques de los imperiales, que en número de seis mil hombres, intentaron bajando desde Espinardo y Monteagudo. Costóles perder 400 hombres entre ellos muchos oficiales y seis coroneles y tuvieron que restituirse á Orihuela destruyendo cuanto encontraron en su camino. Ocurrió esto el 4 de Septiembre de 1706 y los cronistas de la época, un poco enfáticos, le llamaron pomposamente *Batalla del Huerto de las Bombas*.

No poco trabajó Belluga, por bajo de mano, para que la rendición de Orihuela se hiciese en las mejores condiciones posibles, como tuvo lugar en 10 de Octubre de 1706: en 2.º del mismo mes escribía al Municipio dándole cuenta de la rendición de Elche, y en primero de Diciembre estaba en Cartagena, habiendo logrado por sus buenos oficios que la ciudad abriese sus puertas al Duque de Berwik, sin necesidad de dar el asalto que se proyectaba. En 7 de Mayo de 1707, dimitió el cargo de Capitán General y Virrey; y aunque no estuvo en el lugar del suceso, como dicen los historiadores, cooperó eficazmente al éxito de la batalla de Almansa (25 de Abril de 1707) que libertó definitivamente al reino de Murcia.

No omitió Belluga, en estos sucesos, medio alguno de reducir por la razón á los más obstinados y reacios; templó cuanto pudo, dentro de los deberes de su cargo el rigor de la guerra; y al restaurarse la paz echó un velo sobre el pasado, favore-



ciendo con su generoso perdón á todos los que se hallaban comprometidos. A ello alude en la carta pastoral que dirigió á sus diocesanos cuando renunció el Obispado. «Bien sabeis, dice, de qué manera me he portado con vosotros desde el primer día y por todo el tiempo que habité en vuestro país; no callé, exhorté, instruí lo mejor que pude. Por lo cual espero ser libre de la sangre de aquellos que hayan perecido, y sé bien que contra ellos serán leídas estas letras ante el tribunal de Cristo».

La Murcia de entonces es, aún, una ciudad episcopal. El obispo con su cabildo, clero y religiones, es la primera figura; la aristocracia, es escasa; y la clase media no existe en el sentido que damos hoy á esta palabra. La Iglesia poseedora del prestigio tradicional y de la mayor parte de la fortuna pública, comienza á ser desalojada de sus antiguas posiciones por el poder civil; y de esta lucha dá idea, aquella frase popular que dice: «no es buen Corregidor el que no está excomulgado la mitad del año».

En punto á costumbres públicas, fué Belluga un hombre de austeridad rayana en la tiranía. Desde 1711 á 1722, escribe y predica incesantemente contra las profanidades y excesos en el vestir, siendo el terror de las damiselas y petimetres, á quienes arroja en 1723, su enorme libro. «Sobre los trajes y adornos profanos» in folio de 800 páginas, abarrotado de erudición sacroprofana, que fué la pesadilla de las modistas murcianas... y de los cajistas de la imprenta de Jaime Mesnier, en la Platería.



La moda versallesca, había traído juntamente con la apertura de los Pirineos, la de los altos y cerrados corpiños del siglo XVII, sustituidos por los petos escotados con demasiada libertad; esto y las basquiñas cortas y las mangas de angel, que dejaban al aire los brazos desnudos, despertaron las iras de nuestro Obispo, que defendía la doctrina moral en toda su integridad y pureza.

Quiso Belluga (en cuyo fondo hubo siempre algo de inocencia infantil) poner puertas al campo, y fué peor. Llegó hasta el detelle de señalar la línea divisoria en la licitud del escote; dos dedos por debajo del hoyuelo de la garganta pecado venial, más de dos pecado mortal. Hasta las damas más recatadas y honestas, vieron el modo de conciliar la moral y el guardarropa; y apesar de los respetos que inspiraba el Cardenal, cuentan las crónicas que por las calles de Murcia se veían muchos pecados mortales.

No extrañais esta nimiedad: el P. Mariana creía que la nación iba á perderse por bailar la *zarabanda*. Ni la España de los Austrias se hundió por esto, ni la España de los Borbones vino á su acabamiento por danzar el *minué*, que horrorizaba á Belluga. Los autores de nuestras desdichas fueron otros danzantes.

### **La Iglesia y el Estado**

Hay un episodio en la vida del Cardenal, que alguno de sus biógrafos rehuyen, y es el de las luchas que sostuvo contra el naciente regalismo, que en el reinado de Felipe V llega á un punto de ex-



tremada violencia. Pues bien, aquí, precisamente, hay que buscar el origen de aquellos ataques pro-caces que le dirigieron sus impugnadores y detractores, como el Obispo de Orihuela Fray Salvador Rodríguez de Castelblanco, el historiador Belando en su libro condenado por la Inquisición y otros repetidores indocumentados, como don Modesto Lafuente, petrificados en el dogma doceañista, espíritus cerrados á toda mira de justicia. Son aquellos que no encontrando falsa ni resquicio en la vida privada de nuestro Obispo, le acusaron de ambicioso de mando y le combatieron no por sus pequeños errores, sino por la firmeza de su fé; porque no quiso desertar de filas ante el enemigo; porque en la hora de la tentación que han sufrido todos los hombres de ideales, supo resistirla. Para tratar de este asunto, *sine ira et studio*, conviene dejar á la puerta nuestras opiniones político-religiosas. Es el cuento del capelo y del inquisidor... Pequeñas y despreciables miserias que persisten apesar del tiempo; y aunque, como dice Chateaubriand, «los muertos se burlan de las calumnias», la historia imparcial debe relegarlas.

La calumnia *é un ventice'lo assai sotil*, que lo mismo se cuela en la barbería de Fígaro que en el templo de la divina Clio.

En tiempos de materialismo político cuando nadie está convencido de nada, y, hay un abandono universal de funciones, es lógico que no se expliquen ciertas actitudes, que por lo menos sirvieron para sostener el equilibrio social en el paso del antiguo al nuevo régimen.



Apenas repuesto Belluga de la pesadilla de la guerra, vióse obligado á emprender una nueva campaña. Antes fué una lucha de orden temporal en pró de los derechos de Felipe V; ahora una batalla espiritual contra el rey y sus ministros; entonces se peleó en el campo y las espadas dirimieron la contienda; ahora la lucha fué de plumas y las armas los infolios teológicos y un pliego de papel, la Bula «*In Coena Domini*», cuya observancia acababa de recordar el Papa á los obispos en breve de 24 de Agosto.

Nos referimos á la ruptura de relaciones entre España y la Santa Sede que empieza en 1709 y con ligeras treguas de paz llega hasta el 1720.

La causa de la primera alteración fué el haber invadido el ejército alemán los Estados pontificios y obligado al Papa, sitiado en el castillo de Sant Angelo, á que reconociese por rey de España al Archiduque Carlos. A este acto de Clemente XI disculpado por ser caso de fuerza mayor, siguió una enérgica protesta del Gobierno español, redactada en forma destempladísima; cerróse la Nunciatura, fué expulsado de España el Nuncio y se prohibió todo comercio con Roma y la circulación y recepción de documentos pontificios.

Belluga, que profesaba al Papa una adoración y un respeto sin límites, salió á la palestra en defensa de los derechos, prerrogativas y preeminencias de la Santa Sede (defensa que habia jurado en el acto de la consagración) dirigió al rey un extenso memorial en 26 de Noviembre de 1709, é hizo un llamamiento á todos los prelados é iglesias de Es-



paña, secundado por los Arzobispos de Granada, Sevilla y Toledo.

El *Memorial*, impreso muchos años después en las prensas del Vaticano, es una defensa brillantísima de los derechos de la Iglesia y una lista de los agravios hechos á la potestad espiritual por el poder real. Belluga no hizo en este caso más que cumplir con su deber y los dictados de su conciencia; la doctrina teológica que mantiene no es nueva; es la de Belarmino y Baronio, la de Rocaberti y Sfondrato, y principalmente la del gran tratadista Suarez. En cuanto al acto del Papa, Belluga lo tuvo por nulo como obra de fuerza mayor así confesado, y ateniéndose á la declaración de Clemente V en el Concilio Vienense de que estas aprobaciones «no dan derecho nuevo al que no lo tuviere», reiteró su adhesión á Felipe V, salvo en el caso de ser excomulgado.

Los regalistas trataron mal á estos prelados; á Belluga le llamaron inquieto, ambicioso, resentido porque no lo habían hecho inquisidor general; al Arzobispo de Sevilla, frailuco ignorante, al de Toledo, hombre de pocas luces y menos letras: á todos los tacharon de desafectos al rey. Mucho dolió á nuestro Obispo que Felipe V por quien había hecho tantos sacrificios, diese oídos á tales rumores; y á este propósito le recordaba como saludable advertencia, la frase de Saavedra Fajardo; que muchos no hablan en estos momentos difíciles por miedo á aparecer como desleales, pues «se reputa como especie de traición, el que los vasallos limiten los poderes del rey.»



El ministro Grimaldo, don Luis Curiol y hasta la misma reina, escribieron á Belluga tratando de disuadirle; pero él se mantuvo firme en su actitud, que fué aprobada por el Papa, en una cariñosa carta de felicitación que le dirigió en 15 de Febrero de 1710.

Después de varias alternativas, la contienda se reprodujo en 1717, con motivo de la expedición militar contra Cerdeña, engaño burdo hecho al Papa por Alberoni, y esta vez la ruptura fué acompañada de un Breve del Santo Padre suspendiendo las gracias de la bula de la Santa Cruzada. Contestó el rey en 29 de Septiembre de 1719 con un decreto mandando á los obispos que hiciesen en sus diócesis la publicación de la Bula, como en tiempos normales y Belluga saltó de nuevo al palenque, con otro Memorial dirigido al rey en forma de carta, dada en Murcia á 6 de Enero de 1719, manifestando que no podía cumplir su orden por que le constaba que la Bula estaba revocada; al propio tiempo hacía poner en las puertas de las iglesias edictos excomulgando á los que concuriesen á tal publicación sacrílega si es que alguien la intentaba.

El argumento mayor de los regalistas como Belando, Lafuente y otros, era que los Obispos no conocían tal Breve porque no existía. He tenido en mis manos una copia de la época, legalizada nada menos que por tres escribanos. Así se escriben algunas historias.

Intentóse nuevamente, reducir á Belluga, y en esta ocasión sus enemigos arreciaron contra él en



forma más dura. Impugnó su dictamen don Luis Murazabal, Gobernador del Consejo Real; Alberoni le escribía conminándole con represalias, entre ellas el secuestro de las temporalidades y se le ordenaba, nada menos que por medio del corregidor de Murcia, que se presentase en la Corte; donde le esperaban grandes mortificaciones, como le avisó su amigo don Luis Curiel. Belluga no fué á Madrid, y contestó á todos con gran serenidad ratificando su actitud, «en la que á él nada le importaba la aquiescencia de otros prelados al decreto real.» Y en carta al Padre Daubenton, confesor del rey, decía así: «Me parece que me tragaré la tierra, según mi conciencia me intima al cumplimiento de mi deber, si en un ápice, por los mayores intereses del mundo ó por respetos humanos, dejara de cumplir con mi obligación.»

Quiso, sin embargo, Belluga, asesorarse más, y escribió al Papa pidiéndole autorización para ceder á los deseos del rey, indicándole que el silencio lo entendería como aquiescencia tácita á su solicitud. Y el Papa en carta de 21 de Noviembre de 1719, no solo rechaza su demanda, sino que aprueba su conducta, y le intima al cumplimiento de su pastoral oficio, aplicando el Breve de suspensión, sin interpretaciones de ningún género.

Así fueron los dictámenes caprichosos, los errores, las intransigencias de Belluga. Ahí teneis, tambien, explicado, por qué se perpetúa la calumnia, y quiénes son los encargados de continuarla y propagarla maliciosamente. Se le combatió por lo que constituye uno de los mayores timbres de su



gloria; porque creyó, que para un sacerdote, por triste idea que tenga de su deber, no puede haber vacilaciones en los conflictos entre la Iglesia y el Estado. En una palabra, señores, se le atacó por ultramontano, digámoslo en honor suyo.

Se dirá, que hubo prelados en el bando contrario, y es cierto. Como es cierto también, que bajo el manto real ó los harapos del mendigo, vive acurrucado el viejo Adam, esperando hacer alguna de sus jugarretas.

### **Las Pías Fundaciones**

La nota predominante en la obra de Belluga, la que le granjeó fama imperecedera es su ardiente é inagotable caridad, un amor efusivo, sereno y eficaz hácia los desvalidos y menesterosas. Así como se dijo de San Pablo que había echado sobre sí el peso de todas las Iglesias, este Obispo nuestro, yendo, tal vez, más allá de sus fuerzas, quiso asegurar la suerte material de los pobres, en forma providente y paternal, con el grupo de instituciones benéficas llamadas «Pías fundaciones.»

Ya en el primer año de su pontificado, pide autorización al Concejo para edificar en la puerta del Azoque, junto á lo que es hoy ermita de Santa Florentina, una casa para «Mujeres recogidas» (proyecto de su antecesor el Obispo Angulo); en Santa Eulalia instala á los Filipenses en el Huerto de San Blas; crea las misiones diocesanas y planea lo que fué luego Colegio de Niños Cantores en San Leandro.

Al terminar la guerra de Sucesión, era tan gran-



de el número de niños huérfanos, que el Rey dirigió cartas á las ciudades de Zaragoza, Valencia y Murcia, exhortándolas á crear hospicios donde fuesen recogidos, y convertidos en ciudadanos útiles á la Patria. Belluga, que maduraba esta idea desde 1710, acogióla con entusiasmo, y mandó ampliar la casa de Santa Teresa, destinándola á niños huérfanos y expósitos, que fué su fundación predilecta, á la que dedicó mayores atenciones y cuidados.

Las Pías Fundaciones, nacen, se forman y llegan á su apogeo desde 1710 á 1741. Son treinta años de labor incesante, admirable por la modestia y el silencio con que se realiza. Ni Belluga ni sus auxiliares aspiran á otra gloria que al cumplimiento del deber; trabajan empujados por un impulso instintivo, providencial, por amor de Dios, en una forma oscura que recuerda el trabajo de la abeja y del gusano de seda. Cuando comparamos esta obra grandiosa con nuestros intentos efímeros y ruidosos recordamos involuntariamente la frase del poeta:

¡Cuán callada que pasa las montañas  
El aura respirando mansamente  
Qué gárrula y sonante por las cañas,  
Cuán muda la virtud por el prudente,  
Qué redundante y llena de ruido  
Por el vano ambicioso y aparente!

Belluga es un *fundador*; no crea para abandonar luego á las contingencias del azar, la suerte futura de las instituciones: las dota de recursos para que



puedan vivir prósperamente. El Ayuntamiento acuerda un impuesto, no sobre el vecindario como hacemos ahora, sino sobre sus bienes Propios. La ciudad de Lorca cede una dehesa montuosa de dos mil fanegas; Murcia cede otras trescientas fanegas de tierra inculta, y el Obispo, por su parte, prepara los caudales necesarios para ir comprando fincas que formen la cóngrua de cada una de las casas.

En este tiempo, la ciudad de Orihuela ofreció á Belluga, cederle una gran extensión de terrenos incultos y pantanosos, situados en su término, que eran foco de paludismo, á condición de que los sanease y los panificase. Mandó el Obispo peritos que los reconociesen; vióse que era posible desaguarlos aunque con muchísimo coste, y que podrían sacarse de suelo unas 25 mil tahullas. Calculó Belluga que aplicando á esta empresa los caudales que tenía preparados para compras, se obtendría una gran mejora pública por lo pronto, y en el porvenir los recursos necesarios para dotar espléndidamente las Pias fundaciones. Aceptó el ofrecimiento, confirmado por el Rey en 15 de Diciembre de 1715, y empezaron los trabajos de desagüe, echando las aguas al mar por la albufera de Elche, que era del Duque de Arcos. La villa de Guardamar hizo también donación de otros terrenos contiguos; y vióse surgir de los pantanos y marismas una zona de terrenos, de tres leguas y media, con 40 mil tahullas panificadas y tres pueblos que fueron bautizados con los nombres de «Nuestra Señora de los Dolores», devoción tiernísima del Cardenal; «San Felipe Neri», recuerdo piadoso al fundador del



Oratorio; y «San Fulgencio», á quien Belluga creia antecesor suyo en el Obispado.

Por cierto (permitid esta digresión) que el Rey, al aceptar el patronato de la «Casa de Huérfanos y Expósitos», exigia que quedase tan bien y seguramente dotada, que en ningún tiempo fuese gravosa á la *Real Hacienda*. Sucedió todo lo contrario; fué la *Real Hacienda* la que á título de *desamortizar*, se comió el patrimonio de las Pias fundaciones.

A los bienes que acabamos de citar, se unió la hacienda de Almoradí, con mil tahullas de moreras, viñas y olivos; los tres grandes cortijos, con trece casas formados en la dehesa; «el mayorazgo de Alcantarilla, las casas de Murcia y el situado real de tres mil escudos. Sus productos, divididos en cuarenta porciones, habian de distribuirse entre la Casa de Niños huérfanos, la de Mujeres recogidas, Congregación del Oratorio, Colegio de Teólogos de San Isidoro, Hospital de San Juan de Dios, Colegio de Infantillos de San Leandro, Albergue de pobres, Fundaciones de Motril, Colegio Mayor de Sevilla, los Montepios frumentarios (destinados á combatir la usura rural) y otros pequeños participes que seria prolijo enumerar.

En la última escritura, Belluga, que se encontraba ya muy achacoso, queriendo asegurar el porvenir de su obra, la puso en lo temporal bajo el patronato del rey, que se comprometió, por sí y por sus *sucesores* á amparar las Pias fundaciones, defenderlas y conservarlas; en lo espiritual, bajo el amparo de la Santa Sede, que en el Breve de Bene-



dicto XIV, excomulga á los que las detentasen ó perjudicasen. No pudo ser nuestro Obispo más previsor: ocurría esto á mediados del siglo XVIII...

Pues bien, en 1821, las tierras estaban abandonadas; los colonos debían 120 mil duros de rentos y censos; el Estado tres millones de reales; el Ayuntamiento 180 mil reales; se habia cerrado el torno; los niños andaban hambrientos y con una mortalidad de más del 20 por 100. A aquello se llamó *manos muertas*: á esto Crédito público.

Una de las máximas de Belluga era: «da al sano para un dia; al enfermo y á la viuda para una semana, á la fundación para un siglo.» El dotó las suyas para muchos siglos; no pudo precaver las veleidades de la Fortuna, que como dice Sancho «es una mujer borracha y antojadiza y sobre todo ciega; y así, no ve lo que hace, ni sabe á quien derriba ni á quien ensalza.»

### **El problema nacional**

Las opiniones de Belluga en materia política, no están reunidas ni forman cuerpo de doctrina: hay que rastrearlas en sus cartas pastorales, alegatos en derecho, súplicas al rey, y sobre todo en el Memorial de 1709, y en el de 1721, «Sobre los males del Reino», provocado por los rumores que circulaban en la Corte, de proyectarse una expedición contra Orán.

Había visto Belluga, que en un periodo de 15 años, se habían triplicado los gastos públicos y de la Casa Real; trocado las costumbres sencillas y austeras del tiempo de los Austrias, por el fausto



y ostentación francés, que contagiaba de esta vanidad aparatosa, remedo de la corte del rey Sol, á todas las clases sociales españolas; apagado del ardor militar; puestas en peligro ó perdidas las mejores posesiones españolas; los asentistas de los ejércitos y los arrendatarios de arbitrios enriqueciéndose escandalosamente; los vasallos, decía, «son tratados como esclavos por los soldados y justicia, ya por los poderosos, y todo género de ministros inferiores, que les obligan á vender hasta las ropas que visten para mantener las modas, profanidades, galones, tisúes y equipajes á que no pueden alcanzar los sueldos; todo sale del trabajo y extorsiones de los pobres en las injusticias que les hacen, no habiendo oficio ni ejercicio en la República donde no se experimente un robo.»

Creía que una vez terminada la guerra de Sucesión, había que renunciar, por conveniencia y razones de moralidad, á las aventuras y conquistas militares fuera de España, cuyo engrandecimiento y superioridad sobre las demás naciones de Europa, sólo podían nacer de una reconstitución nacional, operada dentro de nosotros, por nuestras propias fuerzas, reorganizando la Hacienda sobre la reducción de gastos y abolición de impuestos onerosos; fomentando el aumento de población (que se minoraba entonces en 4.000 vecinos por año) desarrollando el comercio y la agricultura y abaratando las subsistencias.

La cuestión de las Indias, cuya conquista *«solo había servido á los extranjeros»* era urgente abordar y exigía gran inteligencia y remedios radi-



cales, por lo árdua y difícil; «*por lo perdido que andaba todo ello*» á causa, principalmente, de que las Leyes de Indias, que eran excelentes, «no se aplicaban nunca»; triste conclusión, que hemos deducido cien años después y cuando ya era inútil el remedio.

«Muchos vasallos, no hablarán á V. M. con esta fuerza y vigor, pues mientras el parecer público y contrario á la voluntad del Rey, se tome como desafección, ni habrá quien le aconseje lealmente, ni quien le desengañe en sus errores; quien tiene otros fines no habla con esta claridad, ni dice lo que sabe no ser de gusto, ni cobra más espíritu con la contradicción, sino procura vivir con «tiempo».

Concluía su «Memorial» pidiendo al Rey que se suspendiese la expedición contra Orán, pues estando exhaustas las arcas del Tesoro, los gastos habian de salir de los caudales de particulares, apoderándose de los galeones que venian de América; de la plata de las iglesias, de los bienes de beneficencia y propios; contratando empréstitos que no se pagarían nunca, y en esta forma y por estos procedimientos, «ni la conquista de la Casa Santa de Jerusalén, puede ser grata á los ojos de Dios.»

Las advertencias de Belluga fueron inútiles; no es extraño que al morir el ministro Campillo, poco después que el Cardenal, circulase por Madrid una décima anónima que decía así:

«Belluga (noticia nueva)  
deja el mundo y lleva gloria;  
Campillo deja memoria



y Dios sabe lo que lleva.  
No es muy dudosa la prueba,  
Belluga en Roma, rogaba,  
Campillo en Madrid mandaba,  
y en tan desigual contienda  
Belluga daba la hacienda,  
Campillo nos la quitaba.»

### **Ultimos días del Cardenal**

Suele decirse que la idea y la acción son dos fuerzas antitéticas, rivales, que no necesitan la una de la otra; esto es un error grave. Hace pocos días, un pensador insigne, Emilio Bontroux, en su discurso de ingreso en la Academia francesa, hacía notar, que «el pensamiento sin acción es dialéctica abstracta ó futil *dilettantismo*; que la acción sin el pensamiento nos hace siervos del azar, de la pasión ó de la violencia; que el conciliar estas dos facultades es mucho más difícil de lo que parece, pero que esta conciliación constituye el deber, y de la medida en que se realice, dependen en definitiva lo mismo en las sociedades que en los individuos, la dignidad, la rectitud y la verdadera grandeza.»

Belluga es uno de los hombres en quienes estas dos tendencias riñen más formidable batalla. Una le empuja á huir del mundo, á refugiarse en el aislamiento, la meditación y la vida contemplativa; pero otra voz interior le ordena, como á Lázaro, que salga de su sepulcro; y de estos dos encontrados movimientos del ánimo, nace el ritmo sonoro de aquella vida inquieta y atribulada, manantial



inagotable de energías puestas á servicio del bien y en tal forma conciliadas, que solo por esto rayó á mayor altura que otros hombres superiores á él por la mentalidad ó por el impulso.

Hay, constantemente, una especie de proteismo, un desdoblamiento de su personalidad moral. Llano y afable con los humildes, es un león contra los poderosos y soberbios; dúctil y acomodaticio en materias indiferentes, se convierte en una barra de acero, y pelea como un almogávar cuando se trata de cumplir el deber. Al místico que soñaba en su celda del colegio de Maese Rodrigo, con el silencio mortal de una cartuja, sucede el Obispo guerrero, agricultor, teólogo, polemista, que pudo poner como mote de sus armas familiares, aquellos versos del viejo romance morisco:

«mis arreos son las armas;  
mi descanso el pelear,  
mi cama las duras peñas,  
mi dormir siempre velar.»

En el Consistorio de 24 de Noviembre de 1718 fué elevado Belluga á la dignidad cardenalicia por Clemente XI, quien le mandó bajo obediencia que recibiese el capelo, absolviéndole previamente del voto que habia hecho de no aceptar cargo, preeminencia, ni dignidad alguna que se le confiriese.

La vida de Belluga en Roma, donde fijó su residencia después de renunciar al Obispado en 1724, estuvo dedicada por completo á las cuestiones de disciplina que dejó pendientes en España y que pretendió resolver por medio de la Bula «Apostó-



lici Ministerii», como sustitución de los concilios provinciales y sinodales propuestos por él al Rey, y que no llegaron á celebrarse. De su celda del Hospicio de San Romualdo vinieron á sacarle dos sucesos inesperados: su nombramiento de embajador interino de España, cargo que desempeñó desde Enero de 1733 á Abril de 1734, y el alzamiento y sorpresa de Vellatri, que le obligó á salir de Roma con la mayor parte de los españoles allí residentes.

Muy viejo ya, trabaja todavía incansablemente, en la visita y socorro de pobres, que le costaban más de 700 escudos mensuales; en los asuntos de las numerosas Congregaciones de que formaba parte y sobre todo en las misiones católicas del Tibet y Siria; en la reducción de los coptos y cismáticos de Egipto y en la propaganda catequística de Armenia y Turquía.

A principios de Febrero, de 1743, agravóse en sus achaques de tal modo, que los médicos reconocieron ser el mal irremediable y ejecutivo. Recibió la noticia con tranquila alegría, exclamando: «Laetatus sum...» «Alegrémonos de las cosas que se nos han dicho, y vayamos hácia la casa del Señor... No desprecies, Señor, este corazón contrito y humillado.» A su médico Mazzini, le prohibió que embalsamase su cadáver, práctica que le repugnó siempre; y á su familia le ordenó que le sepultasen en la iglesia de San Felipe Neri, en la bóveda común de los Padres, sin pompa ni aparato ninguno. Rindió su espíritu al Creador, el día 22 de Febrero, á la hora, puntualmente, de terminar-



se el ejercicio de la *Buena Muerte*, en la iglesia de Jesús, devoción á que asistió mientras estuvo en Roma.

Su cuerpo estuvo expuesto al público durante tres días y hubo necesidad de ponerle guardias para defenderlo de la piedad de las gentes, que le quitaban pedazos del vestido, le besaban, y tocaban con rosarios y medallas como reliquia.

El Papa compuso el epitafio que se grabó en la losa de su sepulcro, que está en la iglesia de Santa María in Valicella llamada Chiesa Nuova, en el pavimento de la nave mayor junto á la puerta del campanile. Y en carta al Obispo de Cartagena, le decía: «Ya habrá llegado á vuestra noticia la muerte del buen Cardenal Belluga; murió como vivió, conviene á saber: pobre y santo. Su intención siempre recta; su trabajar incesable hasta el último aliento; sus manos siempre abiertas para los pobres; en una palabra, era el honor del Sacro-Colegio.»

Amó á Murcia con toda la efusión de su alma; y ya ausente de nosotros, rezaba diariamente, hasta el fin de su vida, largas devociones por el bien de sus antiguos diocesanos. Bendigamos su memoria é imitemos su ejemplo.

Voy á terminar, señores. Cuando el Cardenal Belluga, al frente de sus leales murcianos, defendía con la pluma y la espada la causa del primer Borbón español y Felipe el Animoso marchaba á la guerra como un soldado más, la musa popular, que ya miraba de reojo el afrancesamiento desmedido de la nueva España, expresó el sentir de una



gran parte de la opinión nacional, en aquella vieja copla que dice:

«El rey de España en campaña  
y el de Francia en su retiro;  
España será de Francia,  
y al tiempo doy por testigo.

Presagio de la fatal política de pactos de familia, tratados leoninos y alianzas á estilo cartaginés, que hicieron de nuestra pátria un satélite de Francia. Conquista mansa ó violenta que nos dañó siempre, material y moralmente, y que, con su captación insidiosa, ha conseguido desnaturalizar no solo lo externo sino las entrañas mismas de las clases directoras.

Recordemos, señores, como lección provechosa, lo que ha ocurrido en las grandes crisis de nuestra historia. En el siglo XV, parece que Castilla va á disolverse en el cenagal del reinado de Enrique IV, y de repente la vemos surgir más gallarda y poderosa que nunca, bajo el cetro de aquella mujer admirable que se llama Isabel la Católica. En 1700, la España de los Austrias agoniza minada por la enfermedad que Macías Picavea bautizó con el nombre *de Austracismo*, y basta para que despierte de su letargo el clamor de la guerra de Sucesión; en 1808, cuando la nacionalidad amenaza hundirse con la dinastía fugitiva, encontramos en la guerra de la Independencia el nuevo renacimiento español. El secreto de esta inmortalidad consiste en que en el fondo de estas grandes decadencias vivía oculto, como la semilla en el seno de la madre tierra, el carácter nacional, la antigua al-



ma española, gérmen eterno é inexhausto, que después de cada catástrofe, ha tenido una nueva floración, un brote lozano que llena y alegra con sus creaciones el viejo solar español.

Por esto, cuando veo á la juventud sin ideal, demoler ciegamente, bajo pretexto de renovación, todo lo que procede de la España antigua, temo que estas manos sacrílegas alcancen á lo que es intangible, á lo que debiera ser para nosotros objeto de tanta veneración como fué para los caballeros de la Tabla Redonda el Santo Grial. Porque también en este caliz nuestro, en la noche de una larga y *dolorosa Pasión* se ha consagrado la sangre de nuestra raza, símbolo de la Pátria, que es el amor de los amores.

HE DICHO.











